

GERMANA

En ese tiempo yo era estúpido. Pero creía que no. Mi realidad estaba conformada por una interpretación muy maniquea de los hechos. Es bien sabido que el maniqueísmo niega la responsabilidad humana por los males cometidos porque cree que no son producto de la libre voluntad, sino del dominio del mal sobre nuestra vida. El filtro para interpretar esos hechos era un punto de vista muy arraigado en las distintas culturas de hoy, especialmente entre los jóvenes, que se sienten vapuleados por sus impulsos, cambiantes como el viento, dándoles categoría de verdad sin un análisis más profundo, especialmente el derivado del antiquísimo conocimiento de las dos naturalezas que nos rigen, o más bien que se disputan el camino que tomaremos como seres humanos. Conocida es la historia del abuelo Cherokee que enseñaba a su nieto de esta doble naturaleza que se disputa la voluntad del hombre, y la cuenta como la presencia de dos lobos en el corazón del ser humano, contrarios y antagónicos, uno orientado al amor, la paz, bondad y silencio, y el otro al odio, la violencia, maldad y envidia. Estos lobos están en constante conflicto, tratando de vencerse definitivamente el uno al otro. El nieto le pregunta al abuelo que quien ganará esa pelea, y la respuesta es una joya de la enseñanza espiritual: “ganará el que yo alimente”

Se puede analizar esta respuesta de muchas maneras, pero me parece que es fundamental saber quien es el “yo” al que se refiere el anciano Cherokee.

Los muchachos de hoy ni siquiera se plantean las preguntas básicas para comprender los impulsos que los guían, sino que los siguen sin cuestionarlos, tomando así caminos diversos según soplen los vientos en su corazón, según el lobo que esté ganando en ese momento.

Así era yo en ese tiempo, cuando conocí a Germana, una linda lesbiana llena de sueños y dudas de como alcanzarlos. Tantas dudas tenía, que a veces se sentía atraída por hombres, atracción que cuestionaba porque tenía mala opinión de ellos. Su mente prefería a las mujeres, pero a veces...

Nunca cuestionó de donde venían esas dudas. Nunca hizo una introspección, porque hoy eso, simplemente, no se hace.

Germana era muy buena representante de su generación. Crítica de toda tradición, de todo hábito cultural, incluido el vestir y el comer; vegetariana con inclinaciones veganas, animalista con inclinaciones ecológicas, ideas políticas de izquierda, pero muy reticente a miradas "blandas". Crítica acérrima del capitalismo y neoliberalismo, pero también del socialismo ese que llaman democrático. Inclinada a las funas y a la cancelación de cualquiera que manifieste opiniones contrarias a su catálogo revolucionario y refundacional. En resumen, Germana opina que hay que cambiarlo todo, y la única manera de hacerlo es destruyéndolo todo, para imponer así el nuevo paraíso en que la igualdad, la solidaridad y la libertad serán los pilares de la convivencia. No le importa mucho como se logrará esto, ya que ella da por sentado que es el orden natural de las cosas, orden que está alterado por las ambiciones, maldades y perversiones del capitalismo y sus representantes.

Así era la Germana cuando la conocí, y así sigue pensando hasta ahora. Pero a mi nada de eso me impidió enamorarme de ella, ya que a pesar de no compartir nada de sus creencias y puntos de vista, porque eso son, me trastorné con su belleza. Rubia natural, de tez clara siempre bronceada, uñas muy cuidadas, tatuajes elegantes estratégicamente distribuidos por su piel preciosa, ropa de marca, de muchos colores, en perfecta combinación con zapatillas caras y un corte de pelo de los que se usan ahora, con partes muy rasuradas y otras con mechones largos con visos de colores. Su cuerpo era elástico y flexible, cintura estrecha que siempre llevaba visible para lucir un llamativo piercing en el ombligo. Piernas firmes y caderas anchas. Glúteos de atleta. Ojos verdes de mirada profunda, labios gruesos y nariz recta y pequeña, muy bien perfilada. Pero esa descripción no dice nada de su energía, de su intensidad al caminar, al hablar, al reírse, y de su tremenda necesidad de amor.

Estábamos en el último año de colegio. Yo pintaba para la universidad. Germana quería ser política. Tenía amistades en el centro de alumnos, y andaba con la Gaviota, la líder del grupo mas radical del centro. Hablaban a voz en cuello de violencia y revolución. Desafiaban sin temor a los fachos del colegio, y sentían que el mundo estaba a sus pies. Sabido era que sus fiestas terminaban en orgías de sexo, alcohol y drogas, y que a veces tenían encuentros violentos, porque llegaban con moretones y heridas, que exhibían sin pudor, como si fueran trofeos ganados en su lucha por ser libres.

La fiesta de fin de año se organizó para coronar ese año violento e intenso. Cada grupo quería demostrar su potencia, su decisión de imponerse sobre los otros, y de

llevar su visión al poder. Pero las cosas derivaron hacia otros derroteros, y finalmente el centro de eventos donde se llevó a cabo el encuentro era un verdadero lupanar. Germana estaba muy drogada cuando la quise llevar a su casa. Como no la podía conquistar para ser mi pareja, me había hecho su amigo, y pasábamos muchas horas conversando, lo que despertaba los celos de la Gaviota. Creo que me odiaba, además porque yo era considerado “amarillo”, no me metía en juegos políticos, era conciliador, tranquilo y amistoso. La Gaviota despreciaba a los tipos como yo.

Casi no podía caminar, así que la tomé en brazos y la llevé al auto. Germana me rodeó el cuello para afirmarse, y hundió su cabeza en el mío. No alcanzamos a subirnos. La Gaviota y sus esbirros nos interceptaron, y la arrancaron con violencia de mis brazos. Mientras me golpeaban entre cuatro o cinco, la Gaviota pateaba a Germana en el suelo, con una rabia incrementada por las drogas. No sentí dolor, solo impotencia y mucho miedo de que le hicieran un daño irreparable. Quedé botado en el pasto, con la nariz rota y un diente quebrado, mientras se la llevaban inconsciente. Intenté seguirlos, pero me desmayé y desperté al día siguiente en la clínica. Me dolía todo el cuerpo, tenía la nariz con tapones, así que respiraba mal, y estaba esposado a la cama. Me vigilaba una detective que esperó a que despertara para tomarme declaración. Germana estaba desaparecida, y creían que yo tenía algo que ver.

Germana apareció dos días después. Tenía un labio hinchado y una ceja partidas, un ojo morado y múltiples golpes y moretones en el cuerpo. Pero su herida mayor estaba en el alma. Me costó rescatarla de la depresión, la pena y la rabia. Me fui a

su casa y la acompañé, porque no aceptó que nadie más se acercara a ella. La levantaba en las mañanas, le daba el desayuno, le lavaba el cuerpo con agua caliente, la cubría de crema, la vestía, la acompañaba por horas en sus silencios. Tardó más de una semana en comenzar a hablar. Le costaba caminar, así que se apoyaba en mí. Se acostumbró a tomarme la mano, y después ya no me la soltaba. Nunca hablamos de lo ocurrido, hasta que un día tocó el tema del lesbianismo. Me dijo que no prefería mujeres a hombres, gays, o como se llamara. Ella buscaba la ternura, el buen trato, el amor. No soportaba la violencia que en algún momento, inevitablemente, aflora en los machos, y siempre agreden a la mujer que dicen amar. A veces las asesinan, y eso la aterraba. Por eso solo se permitía intimidad con mujeres. Ahora había aprendido que la violencia no es exclusiva de los hombres.

La Gaviota apareció unos días después, cuando la soltaron de la cárcel. Esa noche había hecho unas cuantas cosas más. Intentó llevarse a Germana y golpearme cuando se lo impedí. Germana se refugió detrás mío y le dijo que la odiaba, que no quería verla jamás. Cuando la Gaviota se fue, Germana me tomó de la mano, me llevó a la habitación, y me besó tiernamente en los labios. Luego me abrazó, se encogió entre mis brazos, y se quedó así mucho rato.

Ella ama la ternura, el trato amable, la sonrisa, la caricia suave y el amor que acompaña, apoya y está siempre disponible. Y yo le doy todo eso.

Aún no tenemos sexo... pero eso llegará naturalmente, sin prisa, ya que no es la finalidad de esta relación. Cuando ocurra, será la coronación de esta conquista que

AMANAUEL

casi me cuesta la vida...pero que funcionó gracias a que Germana cambió el lobo al que estaba alimentando.